

## CAPITULO VI.

### EL RADICALISMO.

El radicalismo muestra sobre todo su fuerza cuando se prepara una gran trasformacion, y se abre una nueva era para la humanidad. Entónces ayuda poderosamente á destruir las instituciones viejas y caducas, y prepara el terreno.

Ahora bien; la humanidad se encuentra realmente en un período de este género, hace medio siglo. Las instituciones de la Edad media, han caido definitivamente, y se ha inaugurado una era de trasformacion, á la luz de las nuevas ideas. El radicalismo tiene aqui, pues, su legitimidad natural, siendo el precursor y el preparador de lo nuevos tiempos. Por esto es por que las ideas radicales han tenido tanto poderío en el siglo XVIII, y los radicales ocupan siempre el primer lugar en los grandes acontecimientos. Su fuerza, llega á su apogeo en las revoluciones que lanzan á la humanidad fuera de las vías del pasado. El espíritu del niño, es sobre tado *receptiva*; sus principales cualidades son predominantemente femeninas. Su atencion se abre á todas cosas, percibe multitud de impresiones é imágenes, y su inteligencia deduce de ellas inmediatamente generalidades poco reflexivas.

Aprende relativamente más en la juventud que en todo el resto de su vida. La imaginacion es viva, siempre en movimiento, llena de sueños. La muñeca llega á ser para él un niño; el caballo de madera un fogoso corcel; los obstáculos parecen no existir; la razon es muy jóven para comprenderlos; todos los pensamientos son para el porvenir; parece que un *mundo nuevo* se abre con nosotros y que podríamos organizarlo en nuestra fantasía.

Este idealismo y este gusto de los principios abstractos se muestran notablemente en la época de la Revolucion francesa. Las doctrinas que la prepararon pertenecían á una abs-

traccion radical. Esta escuela especulativa, se había forjado una multitud de concepciones ideales, y las formulaba en axiomas, sin cuidarse de las fuerzas reales que determinan la vida de las naciones. *Rousseau*, su gran maestro, es una naturaleza puramente radical. Los Estados reales le inquietan poco. No quiere reformarlos, sino trasformarlos enteramente. Por medio de las definiciones generales del Contrato social, de la voluntad general y de la accion ejecutoria, forja en su imaginacion un nuevo órden político, y funda cómodamente con ficciones la voluntad del Estado sobre el reconocimiento recíproco por los individuos de su libertad. El radical abad *Sieyès* marcha sobre sus huellas, llamandó al reinado de tercer estado el de la humanidad perfecta, y tratando de consiruir matemáticamente y como una pirámide regular, un edificio enteramente nuevo sobre el suelo libre de los antiguos y detestados privilegios. Estas concepciones abstractas encontraron en Robespierre un doctrinario radical, que se convirtió en su terrible ejecutor.

Así es que se separó el principio verdadero de la *igualdad de derechos*, de su principio complementario de las *diferencias individuales*, y se hizo de la *libertad* del ciudadano un principio político exclusivo y absoluto. Desde entónces, cualquiera que tenía la audacia de sobresalir de la muchedumbre, era igualada por la guillotina.

La igualdad y la libertad, son dos principios que se completan y limitan el uno al otro. La constitucion los había reconocido, pero incurría ya en las ilusiones radicales proclamándolos como leyes *absolutas*, é imaginándose que los hombres iban á inclinarse inmediatamente ante ellos. Se comprendía desde entónces á ejemplo de los antiguos Helenos, la *libertad de todos* con el *reinado de la muchedumbre* (1), y se esclavizaba á los individuos en nombre de la soberanía del pueblo. La nueva igualdad de los ciudadanos. destruyó los privilegios, pero no impidió la persecucion violenta de la aristocracia.

Los radicales de los demás países, estan embaucados por las mismas ilusiones. Olvidar las fuerzas reales y las situaciones históricas, y *creer que la vida* se rige por concep-

(1). Segun *Laurent*, «*Estudios sobre la historia de la humanidad*,» esta confusion resultaba de una mezcla de tradiciones romanas con las ideas del absolutismo real derribado.

*ciones abstractas é imaginadas*, son dos rasgos casi infalibles del radicalismo.

Una naturaleza radical se entusiasma ante la igualdad, viniendo á convertirse en fanático de ella, y desde entónces se alimenta de sueños.

Los comunitas deducen de la *igualdad de derecho*, es decir, de la facultad de adquirir, igual para todos, la igualdad de la *realizacion* de este derecho, esto es, la *igualdad de fortunas*; y despues, avanzando en este camino, conducen á la supresion de la propiedad, temiendo que la desigualdad se restablezca por el trabajo del uno y la pereza del otro. Mas la naturaleza que nos hace iguales como hombres, y que da así un fundamento natural á la igualdad de derecho, nos hace desiguales como individuos, siendo ella misma, por consiguiente, la que engendra la desigualdad de fortunas. El reparto igual de los bienes ha sido en todos los tiempos una ilusion de niño: *Babeuf* es en esto más radical que *Robespierre*, y el ruso *Bakunin* más que el alemán *Marx*.

América ha abolido la esclavitud de los negros y les ha concedido *la misma libertad civil* que á los blancos, y esto era reconocer la igualdad natural de los hombres. Les ha concedido tambien la igualdad de los *derechos* políticos, y esta concesion ya se justifica ménos, aunque algunos negros sean tan capaces como los blancos. Más ciertos americanos caen en ilusiones radicales y pueriles, en contradiccion con toda la historia del mudo, cuando llegan hasta pretender que la diferencia de raza carece de importancia, en cuanto al Estado, y que una democracia representativa puede convenir á una poblacion grosera de negros, tan bien como á los viriles anglo-sajones.

Las tendencias radicales de nuestra época tienen ciertamente su parte en la *extension del sufragio universal igual* con sus *circunscripciones iguales* sin consideracion á la diversidad de valores y capacidades. La humanidad en su conjunto ha salido de la infancia hace mucho tiempo; nuestro siglo es ciertamente más viril que infantil; la grandiosa Edad Moderna es más liberal que radical; pero aún no estamos más que al comienzo de esta última, y esto explica los elementos radicales que acompañan sus pasos y la potencia de los sistemas abstractos. Este ardor por la igualdad, propio del espíritu del día, y que ha sido ciertamente útil á

la educacion liberal de las clases inferiores, lleva el mismo sufragio universal popular al número de aquellos que sienten claramente sus daños. Se puede decir igualmente que constituye un gran progreso moderno, en cuanto une más á todos los ciudadanos entre sí y con el Estado, y revela el espíritu político y el patriotismo hasta en las últimas clases; mas imaginarse que la multitud votará siempre el bien y la utilidad, y que su voluntad es la fuente infalible de todo derecho, es llenarse de ilusiones, perseguir una quimera, y acabar por resbalar; es desconocer las enseñanzas de la historia, que ha visto muy frecuentemente la más dura tiranía de la Iglesia ó del Estado fundarse en la aprobacion de las masas.

Es muy notable ver, señaladamente en Stuart Mill, cuan mezcladas y confusas están las ideas en esta cuestion. El célebre inglés defiende vivamente la *universalidad* del sufragio, pero rechaza la igualdad; el hombre instruido debe tener más voz que el hombre inculto. Y este mismo autor, que corrige aquí las tendencias radicales, reclama por el contrario, en todos los precedentes, el sufragio *igual* de los hombres y las *mujeres*, mostrándose así más radical que todos los radicales del pasado.

La teoría radical de la igualdad desconoce las diferencias reales; y, del mismo modo, la *teoría radical de la libertad* olvida las condiciones y los límites necesarios de ésta, y dá en una fórmula abstracta consecuencias absolutas. Ora parte del individuo, y, exagerando sin medida la arbitrariedad individual, conduce á la disolucion del cuerpo político y del orden moral, ó á la anarquía; ora, por el contrario, parte del conjunto, y, regulando desde lo alto la libertad igual de todos, ahoga toda independencia personal bajo los reglamentos sociales. Así, sustituye siempre la arbitrariedad de los individuos ó de la sociedad á la verdadera libertad que arruina, bien en cuanto al todo, bien en cuanto á los miembros. Los demócratas sud-alemanes quieren de tal modo dar á las diversas naciones alemanas el derecho de agruparse políticamente como quieran, que amenazan á la vez á la nacion y al Estado alemán. Los comunistas destruyen la familia y la propiedad, trasformando el Estado en un taller de trabajo forzado.

Algunos jacobinos creían muy fácilmente que la constitucion democrática proclamada en París, era igualmente

aplicable á todos los pueblos, y que sus principios curarían todos los males de la humanidad. Toda fórmula de escuela parece al niño una verdad universal y en todas partes incontestada. El radical hace lo mismo: presta á sus leyes é instituciones un poder mágico que debe remover todos los obstáculos y aterrar á todos los corazones. Ninguna ilusion le es tan familiar como la de creer se puede crear con la voluntad un mundo completamente nuevo con principios abstractos.

El niño gusta de llevar las cosas al extremo: se le vé, armado de su pequeña lógica, ir de deducción en deducción sin cuidarse de los obstáculos, lo cual es en él como una tendencia innata. Al mismo tiempo presta un cuerpo y una realidad viviente á sus bellos razonamientos, confundiendo la escuela y la vida real, y midiendo la una por la otra. ¡Cuántos sábios han construido el Estado de la misma manera!

El niño desea saber: pide siempre la novedad. Del mismo modo la escuela es ciertamente el terreno más propicio al radicalismo. Puede reconocerse igualmente que aquella le debe mucho, y que no es por acaso por lo que Rousseau y Pestalozzi, estos dos hombres que han dado tanto impulso á las escuelas públicas modernas, han sido toda su vida brillantes niños en cuanto al espíritu. Los maestros más simpáticos son aquellos en quienes la infancia encuentra sus gustos y sus ideas. Un buen maestro debe colocarse en el lugar del discípulo, sentir y pensar con él; mas nunca lo hará mejor que cuando su naturaleza misma le lleve á ello incesantemente. Apenas podemos, pues, vituperar al radicalismo con el nombre de instructor, con tal que no pretenda regir el Estado por métodos escolares, y que no vaya contra las grandes leyes del orden moral y de la ciencia. Por otra parte, un radical se exagera facilmente la acción de la escuela, se ilusiona al punto creyendo que puede hacer inteligente á un imbécil, y dar la vista á un ciego, y olvida la diferencia de las aptitudes y la realidad de las cosas.

La primera edad es rica en talentos, sobre todo de imitación; mas no sabe aún ni profundizar ni crear. El niño gusta de imitar al hombre ya formado, y pone en ello cierta plácida arrogancia. Muchos espíritus radicales se burlan del mismo modo de la sociedad por su brillante exterior y su esterilidad, ó por su manía de pasar por grandes

hombres. Los talentos de este género abundan en el mundo de los artistas, de los sábios y aún de la industria. En cuanto al político radical, representa tambien gustoso al hombre de Estado liberal como el niño al joven.

El niño es vivo y alegre; detesta todo lo que es triste, pasado ó marchito; siente que la vida se abre ante él; no sueña más que en el porvenir; sus sueños son dorados, y la esperanza hace palpar su corazón. El político radical se le parece absolutamente: se persuade admirablemente de que una nueva era se abre con él, y se deja llevar de la alegre esperanza de hacer triunfar sus bellos proyectos sin riesgo ni daño; le acompaña una ligereza de espíritu satisfecho; no comprende más las verdaderas proporciones de las fuerzas, que los precedentes históricos; emprende grandes cosas con pequeños medios, y se extraña facilmente del mal éxito.

Su corazón se anima fácilmente y es casi siempre temerario. El radical es emprendedor más poco constante. Cuando surge un obstáculo imprevisto, renuncia inmediatamente á proseguir; cuando experimenta un contratiempo, se le descorazona. Pronto para decidirse, su decisión se dirige mal, y cambia. Estudiad á los radicales, ora en política, ora en la conducción de los ejércitos: precipítanse primero, después se detienen de repente. Son agresivos, locamente audaces en el ataque; mas la derrota es para ellos ruina; todo les parece perdido: un rayo de sol resucita todas sus esperanzas, y les lleva á nuevas empresas.

Las cualidades del radicalismo son quizá indispensables cuando se inaugura una nueva era lucha para sustraerse á un pasado nefasto. Necesario es entonces abatir y desembarazar, y tal es el gran goce de este partido. Se lanzará sin escrúpulo al asalto del monumento antiguo, y batirá palmas al ver sus viejos muros caer convertidos en polvo. Los verdaderos liberales son á veces muy cuidadosos. El radicalismo ha destruido frecuentemente bienes preciosos, y ahogado gérmenes fecundos, siendo ésta su más grave falta. Mas se le puede decir tambien, que sin él la fuerza demasiado grande de la tradición y de las costumbres inveteradas dificultarían las transformaciones y los progresos necesarios. Frecuentemente, uno de sus furiosos ataques ha dado el aviso á los jefes liberales ó conservadores sobre la necesidad de reformas fundamentales.

El radicalismo presta tambien servicios reales en la *oposicion*; gusta de contradecir; está siempre dispuesto á criticar á sus superiores, á negar, á disputar; pone en duda las autoridades tradicionales; se burla de ellas con inteligencia; es para él un placer presentar las creencias antiguas como locuras, y predecir una nueva solución de los enigmas de la vida; sabe admirablemente descubrir las faltas y debilidades del poder, y es aventajado en ridiculizarlas; si encuentra difícilmente una verdad nueva, ataca al ménos los antiguos errores con una extraña y rigurosa habilidad; más su ceguedad impetuosa le impide ver que va á destruir del mismo golpe una verdad antigua.

Algunos radicales caracterizados, vituperando sin consideracion todos los abusos y todas las faltas del poder, pueden, pues, ser muy útiles en una asamblea deliberante; pero son mucho ménos capaces de *gobernar* ó de *mejorar* que de criticar. Se ha visto cien veces á los mejores jefes de la oposicion radical conducirse como ministros ineptos. Asidos al timon del Estado, ora dejarán las riendas flotar blandamente sobre el cuello de los caballos que irán donde bien les parezca; ora lanzarán violentamente el carro hácia adelante con riesgo de destruirlo todo: así conducía Phaeton el Sol.

El régimen absoluto ha podido durar muchos siglos, apesar de sus abusos. Un gobierno radical no llegaría á mantenerse más de algunos lustros, porque inspira evidentemente muy poco respeto, aún cuando sus miembros estén animados de buenas intenciones. Las masas sienten instintivamente que los radicales pueden ser buenos en la oposicion; pero que son detestables gobernantes. Ved la Revolucion francesa; los grupos de los radicales se lanzan allí unos á otros del poder; despues de los Girondinos, los Jacobinos; despues la Montaña se divide, una de sus fracciones devora á la otra, y la sangrienta dictadura de Robespierre sube á su vez al cadalso. El radicalismo más moderado, que vuelve al poder con el Directorio, palidece y cae luego que la frente brillante y severa de Napoleon se eleva en el horizonte. Esta experiencia desvió por largo tiempo del régimen radical. Cuando ha sido de nuevo intentado ó impuesto, como en 1848, su vida todavía no ha sido más que efímera, aunque se haya mostrado mucho ménos sangrienta. Las naturalezas radicales se dejan conducir mejor por

jefes liberales. Desconfian por tanto de los conservadores, temiendo que susciten obstáculos á sus gustos innovadores, y se hacen adversarios declarados de los jefes absolutistas, salvo coaligarse con ellos accidentalmente contra los partidos medios.

Ciertos elementos radicales se mezclan á veces con otras cualidades de verdaderos hombres de Estado. ¿Qué decir del presidente *Tomas Jefferson*? Sus ideas eran sobre todo radicales, más su política práctica tenía más prudencia y retentiva. El elemento radical se mostró en América con una fuerza especialísima, en razon de la juventud de sus formaciones políticas; más los políticos radicales no son raros en nuestros días aun entre los viejos Latinos. La Revolucion francesa estaba llena de ellos, y nos los mostró bajo todas fases, á veces bien intencionados y casi amables, pero más frecuentemente como unos tunos ú odiosamente crueles. El buen general *Lafayette*, por ejemplo, guardaba hasta bajo sus cabellos blancos, toda las ilusiones que habían entusiasmado su juventud. Se puede citar tambien como concepciones radicales la expedicion á Egipto del primer Bonaparte, y las escapadas del segundo á Strasburgo y á Bolonia. El absolutismo violento del Estado ó de la Iglesia lleva frecuentemente las naciones hácia el polo opuesto. Nuestro siglo ha visto á España, lanzada entre un despotismo caduco y las Córtes revolucionarias, buscar angustiosamente una constitucion liberal y moderna, y á Italia tristemente agitada hasta el día en que el liberal *Cavour* ha venido á ayudarla á formarse nacionalmente. En el parlamento de la sábia y aristocrática Inglaterra, el partido radical jamás forma más que una fraccion ínfima, que viene á ser útil por su situacion subordinada. Los teóricos radicales como Bentham, jamás adquirieron más que una influencia relativamente mediana. El radicalismo es más fuerte en Alemania. Las doctrinas filosóficas le han abierto el camino, y se ha trasportado allí frecuentemente de la escuela á las asambleas. El partido llamado liberal de las cámaras alemanas, de 1820 casi á 1840, contenía muchos elementos radicales, y así es que las ilusiones liberales se mezclaban inextricablemente á las tendencias liberales del diputado *badens*, Rotteck, tipo del género, y cuyos méritos, por otra parte, en la lucha contra los abusos tradicionales todo el mundo reconoce hoy día. El liberal

*Guillermo de Humboldt* mismo fué en su juventud uno de los representantes de las ideas radicales del derecho y el Estado, y se necesitaron las penosas experiencias de las guerras y de la opresion francesa, para libertar el espíritu de Fichte de las numerosas teorías radicales que ahogaban en él los gérmenes liberales. Despues que la guerra de 1866 ha preparado la unidad nacional, la virilidad liberal se desprende lentamente del doctrinarismo radical en el gran partido mezclado del Landtag prusiano y del Reichstag aleman. Pero hay aun hoy dia algunos honrados patriotas que no pueden libertarse de la ilusion democrática radical, de que la unidad de Alemania hubiese sido mejor y más seguramente realizada sin la iniciativa de una potencia preponderante, y simplemente por el libre asentimiento de los Estados y las deliberaciones de una Constituyente; en una palabra, «por la libertad,» como ellos dicen.

Los acontecimientos de 1866 han calmado un poco las tendencias románticas; más durante muchos años, una multitud de cabezas alemanas se dejaron llevar, como de una renovacion feudal. Los unos, más aristócratas, aspiraban á la restauracion de una noble y piadosa caballeria, de reyes paternales establecidos por Dios, é inclinándose, humildes y fieles, ante el cetro elevado del emperador; y al restablecimiento de la unidad de la fé y del imperio romano cristiano del pueblo aleman, fundado sobre los órdenes. Los otros, más sencillos, esperaban volver á la originalidad, la riqueza, la variedad é independecia de las formaciones comunales ó corporativas, y verlas unirse entre sí para crear, por medio de alianzas de todo género, una especie de imperio voluntario. Encontrábanse los primeros en la corte de los principes ó en los de los castillos nobles; los segundos se contaban más entre los sábios y letrados. El amor renaciente del gótico, el placer que se tenía en reconstruir antiguas moradas, el restablecimiento de numerosos conventos, la afectacion del sentimiento en las artes y las letras, y muchas leyes de restauracion, son otras tantas manifestaciones de este espíritu radical romántico, bien visto de los reyes, exaltador de los cabezas jóvenes, especie de *sentimentalismo* fácilmente excitado, pero estéril.

El radicalismo romántico tiene un matiz especial en Alemania, y no encuentra alguna analogía más que en el ro-

manticismo italiano. El uno sueña el regreso á la Edad Media, el otro aspira al renacimiento de la *Roma antigua*, sin pensar que los recuerdos de una grandeza pasada, por bellos que sean, no bastan para su resurreccion.

El radicalismo *democrático* y el *socialista* son, por el contrario, partidos europeos. Muéstranse más moderados en Alemania y en Suiza que en Francia, donde las fuerzas de la Commune acaban de estallar de nuevo (1870); ó igualmente que en Rusia, donde las tendencias nihilistas corrompen la literatura, en tanto que se traducen en hechos. Estas dos especies de radicalismo tienen algo de frio, incoloro, prosáico, de matemáticamente formalista. Aquí, nada de la poesia del romanticismo; los hombres son contados como un rebaño, y todos reducidos al mismo nivel. Los radicales demócratas menosprecian á los románticos, que buscan su ideal en la Edad Media detestada; más son acusados á su vez por los socialistas de detenerse en la mitad del camino, puesto que, despues de haber entregado el derecho público á las mayorías, temen demandar el reparto de las tierras y la reglamentacion legal de los salarios. Estos partidos serian más modestos si comprendiesen la puerilidad, la esterilidad y la imposibilidad de sus sistemas.